

Pequeños detalles

El pasado jueves, como en los demás de estas últimas semanas recommenzó, puntual y exacto, el nuevo ciclo de los tres días afectados por las actuales restricciones eléctricas.

La puntualidad en proceder al corte por la mañana, echó muy de menos su debida correspondencia, cuando desde las seis de la tarde estuvimos esperando inutilmente su regreso, hasta su comparecencia alrededor de las nueve de la noche.

Tres horas a la buena de Dios — por así nombrarlas de alguna manera — en que todo el mundo, con derecho y razón, se preguntaba qué cual era la causa de tamaña anomalía.

¿Pero, dónde preguntar? ¿Se trataba de un nuevo corte adicional o, más simplemente, de una de tantas averías? ¿Volvería la luz a las siete, a las ocho o a las nueve, o bien tendríamos que despedirnos de ella hasta la noche siguiente? ¿Qué hacer? A todo el mundo se le ocurría lo mismo: ¡preguntar! Pero ¿a quien, a dónde?

Cualquier comunidad puede ser feliz con tal de que sepa organizarse. Y ni decir cabe que una buena información constituye la base principal de toda sociedad que se precie de organizada.

¿Sería mucho pedir que en casos como el ocurrido el pasado jueves, pudieran los usuarios llamar a una oficina que amablemente nos respondiera: por causa — la que sea — no habrá luz hasta las nueve?

Cualquier contratiempo sería soportado con mayor resignación, y por lo menos cada cual sabría a que atenerse.

POI

**SAN FELIU
DE GUIXOLS
6 ENERO 1955**

Núm. 366

Año VIII

AVANCE



De ayer y de hoy

Posiblemente la sección de este semanario que menos importa a nuestros jóvenes lectores, sea la de nuestro compañero Kim cuando semanalmente nos relata lo ocurrido en la ciudad en tal semana de hace treinta años.

La juventud, por regla general, trata el pasado con la más alímpica indiferencia. Para muchos, la vida empieza en su época, como si el mundo, angelical y nuevecito, acabara de salir moldeado de sus manos.

Y, no obstante, todos sabemos que el pasado podría ser, de saber interpretarlo, nuestro mejor consejero. La experiencia de la historia resulta formidable para quienes, de la historia, —y perdonen la redundancia— saben sacarle experiencia. Pero desgraciadamente en eso, incluso los mayores, no andamos muy verdaderos. De lo contrario, muchas serían las generaciones que habrían podido ahorrarse una infinidad de males y ridículos.

Volviendo, empero, al tema que inaugura estas líneas y que con mayor razón a nosotros afecta, resulta una verdadera lástima que algunos, y de modo especial los jóvenes, no presten la debida atención a los «30 años ha...» que se publica cada semana. Unas veces para, en su lectura, rendir tributo y memoria a hechos y personas que nos la piden, y, en otras, para sacar de ciertos aconteceres las lecciones que nos rinden.

Verbigracia: En el primero de estos aspectos, se nos recordaba días pasados que en tal fecha de hace treinta años, llegó a la ciudad para regentar nuestra Parroquia aquel varón de virtud esclarecida, reverendo don Angel Dalmáu y Bataller. Los días difíciles en que tuvo que ejercer su ministerio, constituyeron la mejor rúbrica de su bondad y un bello alarde de caballerosidad cristiana. Alma sencilla, austero y humilde, ejerció su apostolado con verdadero sentido paternal exento de miramientos y prejuicios de posición social o bandería política. Para él, no hubo en su Parroquia más que feligreses, creyentes o extraviados, que precisaba de la fe y caridad de una doctrina y decálogo. Aquí residió su gran virtud que los guixolenses de sus días no podemos olvidar. Por eso, y para muchos, su muerte fué tan sensible y dolorosa. Y es por eso y por lo mismo que, hoy, al cabo de treinta años, nos sentimos obligados a rendir a su memoria el tributo afectuoso de estas líneas de recuerdo.

Punto y aparte, vamos a ocuparnos ahora del segundo aspecto que a todos brinda nuestra ventana al pasado, si, como dijimos

anteriormente, sobemos sacar de ciertos aconteceres las lecciones que nos rinden.

Ejemplo: Anotaba Kim en su sección, la semana pasada, que vencida ya la fiebre aftosa que en una de tantas epidemias castigó a nuestro ganado, el Ayuntamiento volvía a autorizar la libre circulación por las calles de la ciudad de los rebaños cobríos que hace treinta años por aquí deambulaban, tan libres y expéditos, como cualquier don Pedro por su casa.

¿Qué no diría hoy cualquier ciudadano si volviera a repetirse una autorización semejante? ¿Y ello gracias a qué? Pues merced a que un buen día, y al igual que la prohibición de fumar en nuestras salas de espectáculos, comprendieron nuestros ediles que el tránsito de los rebaños por las calles, y aunque fuera a buen pretexto de servirnos la leche directa desde su grifo, constituía para la ciudad fea nota en su desdoro. A buen seguro que los cabreros protestaron de tal medida y que ciertas amas de casa formaron en dicho coro. Pero nuestros ediles resistieron, no solo porque debían resistir como los que más recientemente ordenaron que en la calle fueran cerradas las bocas negras de los tubos de estufa, sino porque sabían que la afición al canto es innata y peculiar a mucha gente. ¿Y quién sería el guapo de aquellos «cantaores» que hoy se atreviera ni tan solo insinuar que el ganado debería seguir paciendo por nuestras calles?

Moraleja: Si nuestras calles se ven libres de rebaños, si en las salas de espectáculos ya no se fuma, y si los tubos de estufa ya no apestan la calle ni afean las fachadas ¿por qué razón los caballos continúan herrándose en plena calle, los albañiles entorpeciendo y afeando con sus trastos y maniobras aceras y calzadas, los carretones de alquiler quietos y parados en fila india por nuestras vías, los carpinteros sacando a la calle puertas y montantes, y las tabernas, panza al sol, exhibiendo sus toneles? ¿Cuando vamos a entender que la calle, por ser de todos, de nadie, privadamente, puede ser patrimonio? Esta tarea es bien fácil y sencilla, no solo porque la dicta la razón, sino porque tampoco precisa de presupuesto.

Si en el plan urbanístico nos falta el montante suficiente para emprender las mejoras y reformas que hoy como nunca las felices circunstancias nos demandan, sepamos por lo menos barrer lo que debe ser barrido en gracia del buen tono ciudadano y del cultivo de aquellas pequeñas dignidades que son base en toda vida decente y ordenada.

Ve por donde, pues, podemos aprovechar del pasado sus más nobles y leales enseñanzas. Y ello, con solo leer la sección que nuestro compañero, hurgando el ayer, escribe para ustedes, puntualmente, cada semana.

RODIN